



La Santa Sede

JUAN PABLO II

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 14 de septiembre de 1983

1. «Tampoco el Hijo del hombre ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos» (Mc 10, 45).

Muy amados hermanos y hermanas:

Con estas palabras pronunciadas durante su vida terrena, Jesús reveló a sus discípulos el significado verdadero de su existencia y de su muerte. Hoy, 14 de septiembre, día en que la Iglesia celebra la fiesta de la Exaltación de la Santa Cruz, queremos detenernos a meditar sobre el significado de la muerte redentora de Cristo. Surge espontáneamente en nuestro ánimo esta pregunta: ¿Previó Jesús su muerte y la entendió como muerte por los hombres? ¿La aceptó y la quiso como tal?

De los Evangelios resulta claro que Jesús fue al encuentro de la muerte *voluntariamente*. "Tengo que recibir un bautismo y ¡cómo me siento angustiado hasta que se cumpla!" (Lc 12, 50; cf. Mc 10, 39; Mt 20, 23). Podía haberlo evitado huyendo como algunos profetas perseguidos, por ejemplo Elías y otros. Pero Jesús quiso "subir a Jerusalén", "entrar en Jerusalén", purificar el templo, celebrar la última Cena pascual con los suyos, acudir al huerto de los Olivos "para que el mundo supiera que amaba al Padre y hacía lo que el Padre le había mandado" (cf. Jn 14, 31).

Es también cierto e innegable que *fueron los hombres los responsables* de su muerte. "Vosotros le entregasteis y negasteis en presencia de Pilato —declara Pedro ante el pueblo de Jerusalén— cuando éste juzgaba que debía soltarlo. Vosotros negasteis al Santo y al Justo y pedisteis que se os hiciera gracia de un homicida. Disteis muerte al príncipe de la vida" (Act 3, 13-14). Tuvieron responsabilidad los romanos y los jefes de los judíos y, realmente, lo pidió una masa astutamente

manipulada.

2. Casi todas las manifestaciones del mal, del pecado y del sufrimiento se hicieron presentes en la pasión y muerte de Jesús: el cálculo, la envidia, la vileza, la traición, la avaricia, la sed de poder, la violencia, la ingratitud por una parte y abandono por otra, el dolor físico y moral, la soledad, la tristeza y el desaliento, el miedo y la angustia. Recordemos las lacerantes palabras de Getsemaní: "Triste está mi alma hasta la muerte" (*Mc* 14, 34); y "lleno de angustia, refiere San Lucas, oraba con más insistencia; y sudó como gruesas gotas de sangre, que corrían hasta la tierra" (*Lc* 22, 44).

La muerte de Jesús fue ejemplo eximio de honradez, coherencia y fidelidad a la verdad hasta el supremo sacrificio de sí. Por ello, la pasión y muerte de Jesús son siempre el *emblema mismo de la muerte del justo* que padece heroicamente el martirio para no traicionar su conciencia ni las exigencias de la verdad y la ley moral. Ciertamente la pasión de Cristo no cesa de asombrarnos por los ejemplos que nos ha dado. Lo constataba ya la Carta de San Pedro (cf. *1 Pe* 2, 20-23).

3. Jesús aceptó su muerte voluntariamente. De hecho sabemos que la predijo en repetidas ocasiones; la anunció tres veces mientras subía a Jerusalén al decir que iba a "sufrir mucho... y ser muerto y al tercer día resucitar" (*Mt* 16, 21; 17, 22, 20, 18; y paralelos); y luego, ya en Jerusalén refiriéndose claramente a sí mismo, expuso la parábola del padre de familia a quien los agricultores ingratos le mataron al hijo (cf. *Mt*, 21, 33-34).

Y, en fin, en el momento supremo y solemne de la última Cena, Jesús resumió el sentido de su vida y de su muerte dándole significado de ofrenda hecha por los demás, por la multitud de los hombres, cuando habla de su "cuerpo entregado por vosotros", de su "sangre derramada por vosotros" (*Lc* 22, 19-20 y par.).

Por tanto, la vida de Jesús es una *existencia para los demás*, una existencia que culmina en una muerte-por-los-otros, comprendiendo en los "otros" a la entera familia humana con todo el peso de la culpa que lleva consigo ya desde los orígenes.

4. Y si nos fijamos luego en la narración de su muerte, las últimas palabras de Jesús proyectan más luz sobre el significado que da Él a su vida terrena. Los evangelistas nos refieren algunas de estas palabras. Lucas menciona el grito "Padre, en tus manos entrego mi espíritu" (*Lc* 23, 46); es el acto supremo y definitivo de la donación humana de Jesús al Padre. Juan alude a la inclinación de la cabeza y a las palabras "Todo está cumplido" (*Jn* 19, 30); es el summum de la obediencia al designio de "Dios que no ha mandado a su Hijo al mundo para juzgarlo sino para que el mundo sea salvo por Él" (*Jn* 3, 17). En cambio los evangelistas Mateo y Marcos ponen de relieve la invocación "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?" (*Mt* 27, 26; *Mc* 15, 35) situándonos frente al gran dolor de Cristo que afronta el tránsito con un grito humanísimo y paradójico, que encierra de modo dramático la seguridad de la presencia de Quien en aquel

momento parecía ausente: "Dios mío, Dios mío".

No hay duda de que Jesús concibió su vida y su muerte como *medio de rescate (lytron)* de los hombres. Nos hallamos en el corazón del misterio de la vida de Cristo. Jesús quiso darse por nosotros. Como escribió San Pablo, "Me amó y se entregó por mí" (*Gál 2, 20*).

Saludos

Amadísimos hermanos y hermanas:

A todos y cada uno de los peregrinos de lengua española aquí presentes doy mi cordial bienvenida y les agradezco su visita.

Saludo en particular a los grupos de sacerdotes, seminaristas y religiosas, así como a los miembros de las varias parroquias o asociaciones de las diversas ciudades. Un recuerdo especial para el grupo procedente de México —acompañado por el Señor Cardenal Corripio Ahumada y otros prelados—; para los agricultores católicos de Costa Rica y para los peregrinos de las diócesis de Salamanca, Madrid-Alcalá, San Sebastián y Ávila, ciudad que fue la cuna de santa Teresa de Jesús y que tuve el placer de visitar el año pasado.